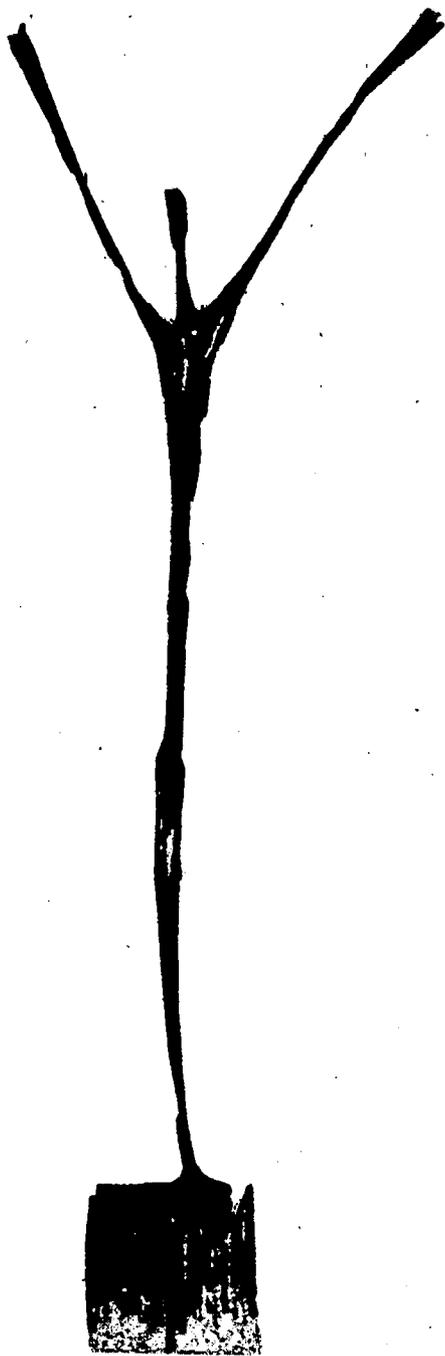


Plegarias*

Carmelo Vilda



Escribir sobre la obra literaria (Isabel - Materia Incierta - Plegarias) de María Inmaculada Barrios resulta gratificante. Como Saint Exupery, Antonio Machado y Gabriela Mistral parece que hablan a los niños pero en realidad filosofan con los adultos. Bajo la forma de filigrana y miniatura viborean las preguntas y cuestiones más primarias y fundamentales de la vida.

Ludovico Silva proclamó que Plegarias es un libro "precioso e importante para nuestras letras" (EL NACIONAL - 6-1-88, A-6). Por su parte, Joaquín Marta Sosa, en el prólogo, pronostica: se trata de un libro que "encierra grandes desafíos para quien lo escribió y para quienes lo lean". También yo me atreví a presagiar que PLEGARIAS puntea hacia más allá de lo que dice, y dará mucho que pensar desde propuestas literarias y también espirituales.

Que un seglar, más aún, que una mujer haya conseguido desparramar primero en EL NACIONAL y ahora en un libro su modo o estilo de oración con palabras, afecto y desde situaciones secularizadas implica un signo regocijante de los nuevos tiempos. Esto que yo llamaría "osadía laical" significa la irrupción de la mujer en la espiritualidad católica venezolana con ese deje único, íntimo, exquisito y personal que aporta la feminidad. El "méster de seglaría" se ha hecho presente en la Iglesia. ¡Qué bueno!

PLEGARIAS no es un libro de salmos aunque huele a salmo y plagie su formato. Casi todas las plegarias comienzan o terminan con el ¡Señor! de la invocación davídica. Tampoco abrocha exclusivamente pensamientos religiosos ni advocaciones a los santos, la Virgen o al mismo Dios. No son poemas en sentido restrictivo. Las "plegarias" se desglosan como si se tratase formalmente de estrofas o versos sin ningún tipo de rima o ritmo retóricos.

La mayoría de las "plegarias" nacen acunadas en los musgos de la cordillera andina, allá en los alledaños de Zea, pueblo-infancia de María Inmaculada. Nacen espontáneamente como susurros entumecidos por la soledad interior que conduce a los páramos existenciales, a personajes entrañables, caminos y nieblas adolescentes remansadas. Les tiembla la voz como al rocío sobre el frailejón y silba el corazón en la palabra. Otras plegarias brotan de las imágenes, remembranzas, vivencias y sensibilidad de una memoria existencial, alimentada ahora por confrontaciones cosmopolitas de egoísmo y desolación hasta situaciones límites en las que es preciso llamar al "Dios que disipa las tristezas". Todas refrescan sus raíces en los jugos primarios de la vida y destilan emociones o sentimientos retostados por la sabiduría y metafísica popular, la que nace descalza y camina luego en alpargatas, incluso en la ciudad.

La palabra es pronunciada casi en bisbiseo, perla a perla. Palabra que huye de los rituales académicos. Palabra que no actúa o se desborda o se tiñe de colores prestados. Palabras con sabor a génesis, a primer día de la creación. De vez en cuando llega la queja personal, gota a gota, de su esencia. Es entonces, cuando parece que la carne se descoloca del hueso. Así comienzan: "la emoción que nutre mis plegarias es dulce y azul, no tiene esquinas" (pág. 13).

La poesía reside en los desplantes, expresados siempre con palabra queda y bien calzada a la medida de la boca que la dice a media voz o con sordina porque es el corazón de María Inmaculada, recatado, dulce y rumoroso, viva antítesis de la jactancia, de la hipérbole o del relámpago que truena o hiere:

"Mi alma viene de lo oscuro
se quedó parada detrás de ese cancel
mirando a ver si puede entrar ahí, donde haya luz (pag. 72)

* BARRIOS, María Inmaculada, Plegarias. Aldafil Ediciones, Caracas 1987, 107 pp.

La atmósfera resultante es ciertamente poética, poesía, gajo a gajo, extasiada en la sencillez de lo severo e informal. Poesía levitante al margen de todos los modos, modas y modelos estéticos. Poesía sin espumas formales, pero con reverberos emotivos que pertenecen al alba de la vida. La poesía es interior: cabalga en los contenidos, en el tono y musicalidad de los sentimientos, en la postura arrodillada de una prosa diminuta y trémula, tan ingrávida que cada oración se convierte en romancillo. La humildad formal constituye su rango. La estridencia coloquial interior su fuerza:

"Señor,
vengo de las rosas, del canal y el cobertizo.
Saludos te mandaron" (pág. 38).

PLEGARIAS es un libro heterogéneo y diverso. A primera vista aparece como mera yuxtaposición de los retazos que iba entregando a la prensa. En efecto, no fue concebido como libro sino más bien como ecos del alma que increpa la infabilidad de un Dios silente. Las contusiones se fueron prolongando hasta que un editor juzgó que el material coleccionado merecía ser publicado.

En este conjunto de oraciones acumuladas hay ciertas señales que se repiten. Son las contantes simbólicas que iluminan las "galerías del alma" de M.I.B. Algunas plegarias explotan más bien como apuntes sentimentales:

"El sol arremetió contra las bardas
y su luz sangra por un costado.
Señor, ven a socorrer mi tarde herida" (pág. 17).

Otras son retratos de los personajes más representativos rescatados de la infancia:

"La mudita del páramo, Señor,
siembra flores, planta flores, borda flores.
Su asunto son flores. Su rezo: flores". (pág. 35).

Con frecuencia rebrincan experiencias de noches, miedos, nubes y nostalgias:

"Yo, piloto triste...
yo, carga de miedos
hasta Tí llego a tientas..." (pág. 13).

No puede faltar el tema de la ausencia del "amado" tan propio de la poesía mística pero con formas literarias actuales:

"¿Dónde estabas la noche que enfermé?
Te busqué por la casa, la lámpara estaba apagada...
Te busqué por el pueblo, nadie supo darme razón de Tí.
Todavía sin encontrarte, regresé en la mañana,
pero ahí sólo estaban tus santos y la lámpara seguía sin arder"
(pág. 62)

Tampoco puede faltar la densa soledad provocada por el vacío de amor porque no lo hubo nunca, fue escaso o más bien roto:

"¿Es posible que el amor se ahogue en el amor?
El mío no tiene voz ni pulso
ya no dice..." (pág. 99).

"Por ahí, Señor, por esa herida vieja
por esa vieja conciencia de soledad

es por donde se desangra el alma" (p. 61).

Y por encima de todos los temas y motivos el ansia trascendente como flecha que busca pasto en las alturas:

"Azul de mis azules, deseo de mis deseos
necesidad de mis necesidades,
silencio de mis silencios
¡no te alejes!" (pág. 107).

Destacan con especial intensidad y afecto reminiscencias por la tierra y gentes sencillas de Zea, arcilla de afectos y evocaciones naturales. Es suelo y gentes que hablan a solas de tanta compañía de nubes que anidan dentro.

"Señor, Aleja,
la silenciosa Aleja
se va,
se pierde en el silencio
se va y nos deja" (pág. 36).

Destaco igualmente la belleza del habla pura y deforestada de nuestra gente. Lástima que no podamos escuchar la modulación y melodía que impregnan:

"Es el loco de mi pueblo.
Con romantón amarillo viene en medio de luces
repartiendo claridades.
El Señor, está a su lado" (pág. 35).

Es mezcla de habla propia, andina y caraqueña con resonancia salmista: "desde la piel te llamo a gritos" (pág. 100) O con la poesía clásica de Juan de la Cruz:

"esta dulce fatiga de mirarte y mirarte
de estar aquí contigo
sin decirte..." (pág. 105)
produce timbres y melodías, a ratos, escalofrantes.

A primera vista parece un libro buhonero editado con escombros del alma. Pero hay algo soterrado que lo compacta y robustece: es la esperanza amorosa y lúcida que habla más allá de la palabra y se ahonda en la tenaz resistencia de quien sabe que Dios es "una presencia concreta que sonrío" aunque a veces diga "¡basta!"

Se trata de un libro cuyo único paisaje y decorado es la voz que se desnuda de falsetes y aletea en sola su sustancia en los desiertos de la vida donde mueren la vanidad, la avidez y el consumismo:

"Pasa a la otra orilla este corazón
con su carga de desengaño" (pág. 66).

Los israelitas increparon a Moisés: "Nos has traído al desierto a morir" (Ex. 14-11). En PLEGARIA, M.I.B. nos confronta con el dios de los comienzos, con el dios no tatuado todavía por el hombre.

Nos conduce al desierto de la palabrería. Para vivir de sencillez, de inocencia... ¡y de amor!

Después de leer PLEGARIAS uno habla como recién bañado. Y se siente humilde, bueno, fraternal y generoso.

"Tu amor cambió mi geografía" (pág. 49).